

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA.—ADMINISTRADOR D. SIMON TORNER.



HISTORIA GENERAL
DE
FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 10 y 11.

BARCELONA

EMPRESA EDITORIAL LA «ENCICLOPEDIA ILUSTRADA»

CALLE DEL CÁRMEN, NÚMEROS 30 Y 32.

L47
1965

ESTADÍSTICA DE LA ADMINISTRACIÓN DE LA TIERRA

HISTORIA GENERAL
FRANCIA

D. VICENTE GONZÁLEZ DE LA TORRE

Entre los 10 y 11

ESTADÍSTICA DE LA ADMINISTRACIÓN DE LA TIERRA

despues pegaron fuego á la casa, en que estaban su mujer é hijas que pronto perecieron víctimas de las llamas.

Clotario regresó á Tours el año 561 y el 10 de noviembre murió en Compiègne de un terrible acceso de calentura, á los cincuenta

seis mujeres, no obstante ser varios los que afirman que solo tuvo cinco; mas no siendo cuestion esa que pueda servir de mucho para la historia general de Francia, pasaremos á la narracion de otros hechos de mas importancia.

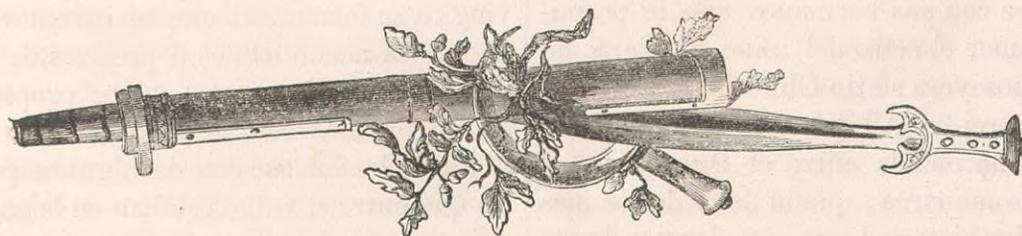


LOSA SEPULCRAL DE CLOTARIO I.

años de su reinado. Dejó una hija y cuatro hijos los que se repartieron sus estados de la misma manera que se los repartieran los hijos de Clodoveo.

Varios historiadores sostienen que tuvo

Clotario fué enterrado en Soissons y en esta ciudad se encontró la piedra sepulcral que sirvió para cerrar su tumba, sin que se sepa lo que se hizo de esta y de los restos del hijo menor de Clodoveo.





CAPÍTULO III.

Reinado de los hijos de Clotario I.

Entre los reyes de la raza merovingia sorprende no encontrar uno solo que sea merecedor á los elogios de la historia por alguna cualidad grande: todos fueron ó impotentes ó criminales ó ambas cosas á la vez. Únicamente ha tenido encomiadores Clodoveo, por haber estendido la dominacion de los francos á varios paises circunvecinos; pero tales autores no han querido admitir en la balanza de los cargos las maldades del esposo de Santa Clotilde, que son un borron para su memoria. Mas dejemos aquí tales observaciones que tendremos ocasion de ampliar con mas datos al pasar á otra dinastía.

Cariberto ó Chereberto se apoderó de todos los tesoros de su padre Clotario apenas supo que este habia muerto; pero sus hermanos se irritaron en vista de la usurpacion que Cariberto les hacia, se aliaron contra él y lo arrojaron del trono que su padre le dejara. No obstante, al poco tiempo supo reconciliarse con sus hermanos que le permitieron tomar el cetro del reino de París tal como lo poseyera su tio Childeberto, esto es, con el Querci, el Albigés y la parte de Provenza comprendida entre el Duranzo y el mar. Este monarca, que al decir de los mas autorizados historiadores, era el mejor de sus cuatro hermanos, mereció que San German lo escomulgara porque queria tomar por mujer á una monja. Su muerte prematura empero (567) puso fin á sus liviandades y á su reinado volviendo á quedar los dominios francos divididos en tres reinos que tuvieron mas duracion que la de los reinos anteriores.

Gontran fué rey de Borgoña y de Orleans; Sigeberto, de los francos austrasianos

ú orientales, y Chilperico gobernó sobre las razas mezcladas de francos y galo-romanos que se llamaron neustrios ú occidentales. Además entre los tres se repartieron la Aquitania por ser la parte mas rica de Francia, así como decidieron que París, cuya importancia iba en aumento sensible, perteneceria á los tres con igual derecho, sin que ninguno de los tres pudiese entrar en él sin permiso de los otros dos.

Gontran, que como sus demás hermanos subiera al trono de Borgoña el año 561 ó sea el de la muerte de su padre, fijó su residencia unas veces en Chalons sur Saona, otras en Lion. Pero ese monarca, que fué el que menos dió que hablar á los cronistas é historiadores, presenció las horribles y sangrientas catástrofes que sus dos hermanos promovieron en sus reinos respectivos.

Tal seria el mal concepto que las generaciones contemporáneas de los reyes merovingios se formaran, que se inventaron mil anécdotas mas ó menos depresivas de la dignidad real, en las cuales, como propio de la época, iba mezclado lo absurdo con lo maravilloso. Haciéndose eco de algunas parábolas que entre el vulgo estaban en boga, Fredogario nos dejó la narracion de una que trasladaremos entera tal como la refiere ese cronista del siglo séptimo:

«Cierta noche en que Childerico, padre de Clodoveo, descansaba al lado de su mujer Basina (1), esta le dijo: levántate, oh rey, y lo que veas en el patio de este palacio vendrás á decirlo á tu sierva.—Childe-

(1) La adúltera esposa del rey de Turingia.

rico se levantó y vió pasar animales que parecían leones, unicornios y leopardos. Acercóse á su mujer y le refirió lo que habia visto: Basina le dijo: Vuelve otra vez, señor, y lo que veas lo contarás á tu sierva. Childerico volvió á salir y vió pasar bestias semejantes á los osos y lobos. Contólo á su mujer, y esta le hizo salir por tercera vez, y entonces vió perros y otros animales inferiores que se acometían y desgarraban unos á otros. Entonces Basina dijo á Childerico: —Lo que has visto con tus propios ojos se convertirá en una realidad: tendremos un hijo que será un leon por su valor; los hijos de nuestro hijo se parecerán á los unicornios y leopardos; pero á su vez engendrarán hijos que semejarán osos y lobos por su voracidad. Los que has visto la última vez nacerán para ser término y ruina del reino.»

No se equivocó esta vez el pueblo, como lo hemos visto al hablar de los hijos y nietos de Clodoveo; ahora asistiremos á las luchas de osos y lobos hambrientos si hemos de valerlos de la figura empleada por Fredegario. Si antes animaba á la raza de los francos al igual que las demás razas de bárbaros que invadieran Europa, el espíritu de conquista, en tiempo de los nietos de Clodoveo, la animaba el espíritu de discordia. Para hacer notar ese espíritu seguiremos historiando los reinados de Sigeberto I rey de Metz, y de Chilperico rey de Soisons.

Sigeberto empezó su reinado levantando el destierro de San Niziero, obispo de Tréveris, al que habia desterrado Clotario. Á los pocos dias de su reinado decidió nombrar un gobernador de palacio que venia á ser lo mismo que conde. En su origen el gobernador de palacio era el intendente de la casa real, y habia uno para cada palacio que tenia el monarca. De primer súbdito del rey el gobernador pasaba á ser el primer empleado del reino, ó lo que es lo mismo, el primer ministro de la nacion.

Recayó ese nombramiento en Gogon, por renuncia que hizo Crodino de semejante empleo, y al mando de las tropas de Sigeberto

derrotó completamente el año siguiente á los abaros, que eran una horda de hunos que habian invadido las Galias. Pero mientras que Sigeberto estaba ocupado en esa guerra, su hermano Chilperico se arrojó sobre sus Estados, apoderándose de Reims y otras ciudades. Sigeberto corrió al encuentro de su hermano, y despues de muchos combates en que casi siempre salió victorioso, logró batir por completo á las tropas de su hermano el año 564, mostrándose mas generoso de lo que era de esperar, puesto que devolvió á Chilperico la ciudad de Soisons que le habia arrebatado durante la guerra. Tambien habia hecho Sigeberto prisionero al hijo de su hermano, pero le dió la libertad al devolver á Chilperico la ciudad que era su corte.

La enemistad de los dos hermanos que se fundaba principalmente en la antipatía que sentian uno á otro los pueblos que mandaban, estalló de una manera mas notable con la rivalidad de Fredegunda, concubina de Chilperico, y de Brunehalda, esposa de Sigeberto. Esta tenia una hermana que fué desposada con Chilperico y este la estranguló por vengarse de su hermano que estaba casado con Brunehalda. Mas nosotros poco interés podríamos dar á una historia que ha sido narrada con tanto sentimiento por varios autores. Por lo tanto preferimos insertarla aquí tal como la refiere uno de los mas populares historiadores.

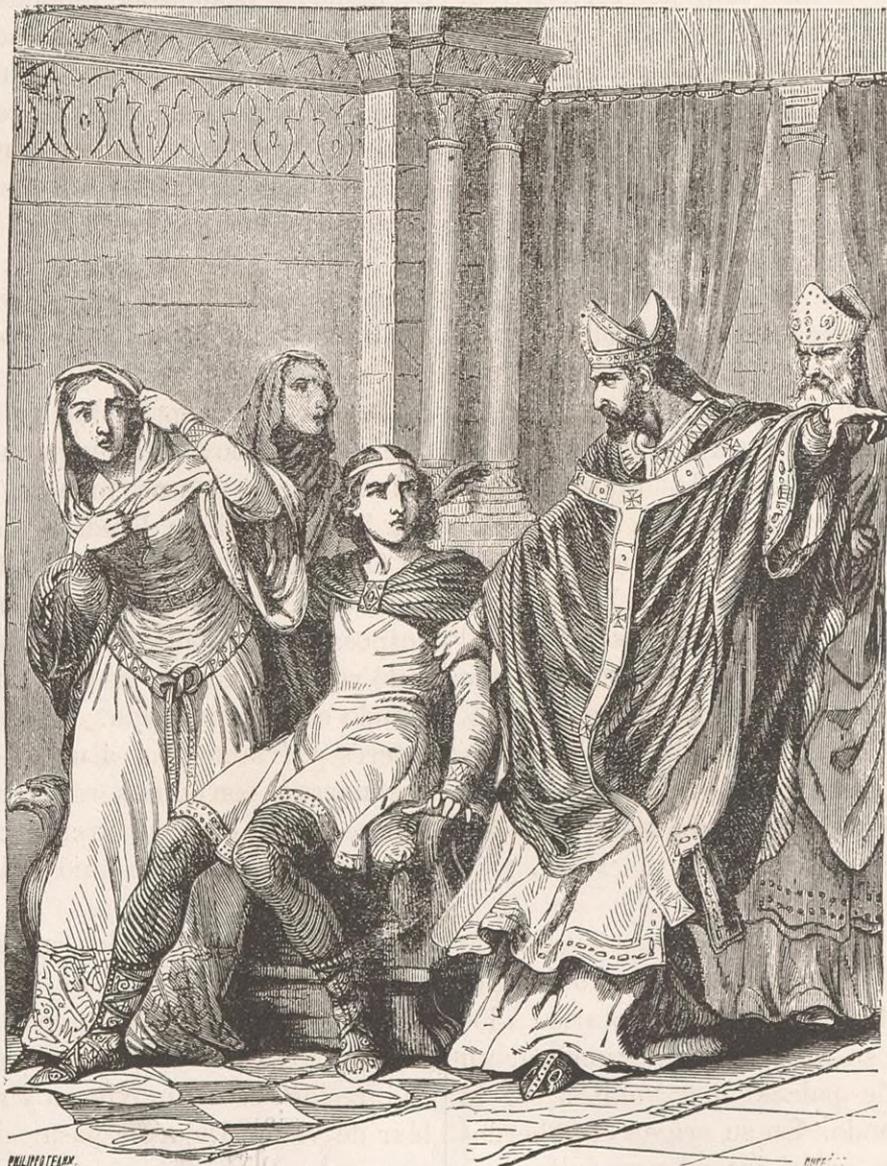
«Al presentarse (1) los embajadores francos para saludar á la futura esposa de su rey, la encontraron sollozando en el regazo de su madre. A pesar de que su corazon estaba endurecido, se conmovieron y no osaron hablar de viaje. Dejaron pasar dos dias, y el tercero volvieron á presentarse á la reina anunciándole que tenian prisa de partir, y habláronle de la impaciencia de Chilperico y de lo largo del camino. La reina lloró y pidió por su hija un dia mas de tiempo. «Un dia tan solo y no os pediré nada mas. ¡No veis

(1) A Atanagildo, rey de los Visigodos, que con el enlace de sus dos hijas habia pensado captarse la alianza de los reyes francos.

que allá donde va mi hija no encontrará otra madre!»

Pero Atanagildo interpuso su autoridad de rey y de padre, y á pesar de las lágrimas de la madre, Galsvinta fué entregada á los que la habian de llevar á su futuro. Un largo acompañamiento de caballeros, coches, car-

trecho en trecho, de dia en dia se dejó llevar á 100 millas de distancia. Cada dia decia: solo llegaré hasta tal punto; pero una vez llegaba queria ir adelante. Al acercarse las montañas los caminos se presentaron mas fatigosos; pero no aparentó notarlo y siguió adelante.



SAN GERMAN ESCOMULGA Á CARIBERTO.

ros y bagajes atravesó las calles de Toledo y se dirigió á la puerta del Norte. El rey siguió el cortejo de su hija hasta el puente del Tajo, á poca distancia de la corte visigoda; pero la reina no pudo decidirse á volverse tan pronto y quiso ir mas lejos. Bajó de su coche y fué á sentarse al lado de Galsvinta, y de

Mas como quiera que los de su séquito aumentasen mucho el acompañamiento y dificultasen el viaje, resolvieron los señores godos no permitir que su reina siguiese una milla mas. Preciso por lo tanto fué que la madre se resignase á una separacion inevitable, y nuevas escenas de ternura, si bien

mas tranquilas, dieron madre é hija. La reina espresó con palabras apasionadas su tristeza y sus temores maternos: «Sé feliz, hija mia, le dijo: pero tiemblo por tí, guárdate, hija querida, guárdate bien.»

A tales palabras que correspondian totalmente á los tristes presentimientos que la agitaban, Galsvinta respondió llorando: «Dios lo quiere, y no puedo dejar de someterme.» En seguida se despidieron las dos desconsoladas mujeres conmoviendo á todos los presentes.

Dividióse en dos el numeroso acompañamiento, prosiguiendo el uno adelante y volviendo el otro hácia Toledo. Antes de subir al carruaje que debía volverla á su palacio, la reina de los godos se detuvo al borde del camino y clavando la vista en el carro de su hija no cesó de mirarlo, permaneciendo en pié é inmóvil hasta que desapareció á lo lejos y en las revueltas del camino.

Galsvinta, triste pero resignada, seguía su camino hácia el Norte. Su escolta compuesta de señores y guerreros de ambas naciones, esto es de godos y de francos, pasó los Pirineos, luego las ciudades de Narbona y Carcasona, sin salir del reino de los godos que llegaba hasta allí; en seguida tomó el camino de Poitiers y de Tours hácia Rouen donde debía celebrarse el matrimonio. A las puertas de cada ciudad grande hacia alto el cortejo y se disponia todo para una entrada solemne, los caballeros se quitaban los abrigos de viaje, descubrian los arneses de sus caballos y se armaban con sus escudos suspendidos al arzon de su silla; la futura del

rey de Neustria bajaba de su carro de viaje y subia á otro de gala en forma de torre y cubierto de planchas de plata...

Las bodas de Galsvinta fueron celebradas con tanta pompa y magnificencia como las de su hermana Brunehalda. Rindiéronse á la novia honores extraordinarios y todos los francos de Neustria, señores y simples guerreros le juraron fidelidad como á su rey. Formados en semicírculo tiraron todos á la vez de sus espadas, y las blandieron al aire pronunciando una antigua fórmula pagana

que condenaba á morir al filo de la espada á los que faltasen á su juramento. Luego renovó el rey su promesa solemne de constancia y fidelidad conyugal y estendiendo la mano sobre una caja que contenia reliquias, juró no repudiar jamás á la hija del rey de los godos, y de no tomar mientras ella viviese ninguna otra mujer.»

Mas á pesar de tantas protestas, Chilperico solo cumplió su palabra real por algunos meses. Antes de llegar Galsvinta tenía



CHILPERICO I Y FREDEGUNDA.

una rival en Fredegunda, que si bien quedó como relegada al olvido á la llegada de la esposa del rey, fué adquiriendo poco á poco el ascendiente que antes tenía sobre Chilperico. Galsvinta se quejó y amenazó con volverse al lado de su padre. Temeroso Chilperico de perder los tesoros que le habia aportado en dote, instigado por Radegunda y queriendo vengarse de su hermano y Sigeberto en la persona que mas amaba despues de su esposa Brunehalda, esto es, la persona de su cuñada, la hizo matar por un servidor suyo que no vaciló en ser el vil instrumento

que diese muerte á la reina querida de todos los francos de Neustria, porque veian en ella cualidades de bondad y dulzura que no habian visto nunca en medio de la barbarie que les rodeaba.

Sigeberto y mas que él Brunehalda quisieron vengar la muerte de su hermana, por cuyo motivo aquel se disponia á llevar la guerra á los Estados de Chilperico; pero Gontran se opuso aconsejando que la cuestion se resolviese en asamblea popular al efecto reunida. El pueblo congregado sentenció á Chilperico á entregar cinco ciudades de Aquitania á Brunehalda, las cuales habia consignado como dote de Galsvinta el dia siguiente de la celebracion del matrimonio.

Encendióse entonces una guerra que tuvo desastrosos efectos. Teodoberto, hijo primogénito de Chilperico, pasó á sangre y fuego toda la Turena; Sigeberto se procuró aliados entre las tribus germanas; Gontran juntó sus fuerzas á las del rey de Austrasia y los dominios de Chilperico fueron á su vez devastados y entregados á todo género de ruinas y desastres. Pero lejos de hacer frente á la tempestad, el malvado Chilperico se habia refugiado cobardemente en Chartres. Perdido sin remedio estaba cuando los señores de Austrasia y Neustria consiguieron reconciliar á los dos hermanos.

Sigeberto licenció las bandas germanas que le habian auxiliado y que al verse sin el botin que esperaban de la victoria, se entregaron á toda clase de excesos; mas el rey franco supo contenerlos ora empleando la dulzura, ora la severidad. Pero apenas hubo despachado á dichos auxiliares, cuando Chilperico penetró hasta la ciudad de Reims llevando por todas partes la devastacion. Acerca de los hechos repugnantes que siguieron al rompimiento de las hostilidades transcribiremos algunos párrafos del historiador Saint Prosper, porque si nosotros dijésemos lo mismo seríamos sin duda menos creídos.

«El rey de Austrasia, dice ese escritor,

levantando nuevas tropas, rechazó á su hermano y llegó á las murallas de París, donde Gontran, que habia sucesivamente tomado partido en favor del uno y del otro de los combatientes, ajustó la paz con Sigeberto. Teodoberto seguia guerreando en la Turena, y el duque Gontran-Boson, austrasiano, que combatia por Sigeberto, mató en una batalla á aquel príncipe, y Chilperico, despues de tantos reveses, hubo de refugiarse en la ciudad de Tournay. Brunehalda, con mas deseos de vengarse que nunca, llegó á Metz para apresurar la ruina de su cuñado y de Fredegunda, de modo que todas las miradas estaban fijas en el resultado de tan terrible lucha. S. German, obispo de París, desconsolado al ver el encarnizamiento con que se perseguian los dos hermanos, escribió á Sigeberto, invitándole vivamente á que concluyese la paz, llegando á pronosticarle que si solo le movia la sed del fratricidio, él moriria primero. Santa Radegunda suplicó á los reyes, hijos de su marido, que sofocasen su resentimiento por medio de una reconciliacion duradera, pero Brunehalda pedia sin cesar venganza de su hermana Galsvinta, y Fredegunda, que por su parte no vivia descuidada, echó los ojos en dos de sus pages, y despues de haber prodigado medios para hacérselos del todo suyos: «id, les dijo, á confundiros con los que rodean á Sigeberto, mezclaos con los que lo elevan sobre el pavés como si fuese su príncipe, y dadle con estos puñales que están envenenados. Si volviereis vivos, os llenaré de honores á vosotros y á vuestra raza; si sucumbís, daré por la felicidad de vuestras almas abundantes limosnas á los sepulcros de los santos (1).» Los dos pages armados con los *scrama-sax* que les habia dado Fredegunda, penetrando en el campamento de Sigeberto, le dieron cada uno de ellos una herida mortal. El desgraciado monarca espiró en el acto, y los que le rodeaban dieron muerte á su chambelan, y echándose encima de Sigila, su general, le pusieron preso.

(1) Gesta. Reg. Franc.

Chilperico, que se hallaba en aquel momento sitiado en Tournay, supo desde luego el homicidio de su hermano. Los leudas neustrienses que le habian abandonado en su desgracia, se alistaron de nuevo bajo su obediencia, y por un contraste que por otra parte no debe sorprendernos, pues en los pueblos bárbaros todo es violencia y movilidad, Chilperico celebró las exequias del rey de Austrasia, cuyos restos mandó conducir á la iglesia de S. Medardo de Soissons, donde habia sido sepultado su padre; y dominando muy luego por su carácter feroz, hizo aplicar al infeliz Sigila en las articulaciones hierros candentes, y en seguida arrancarle los miembros.

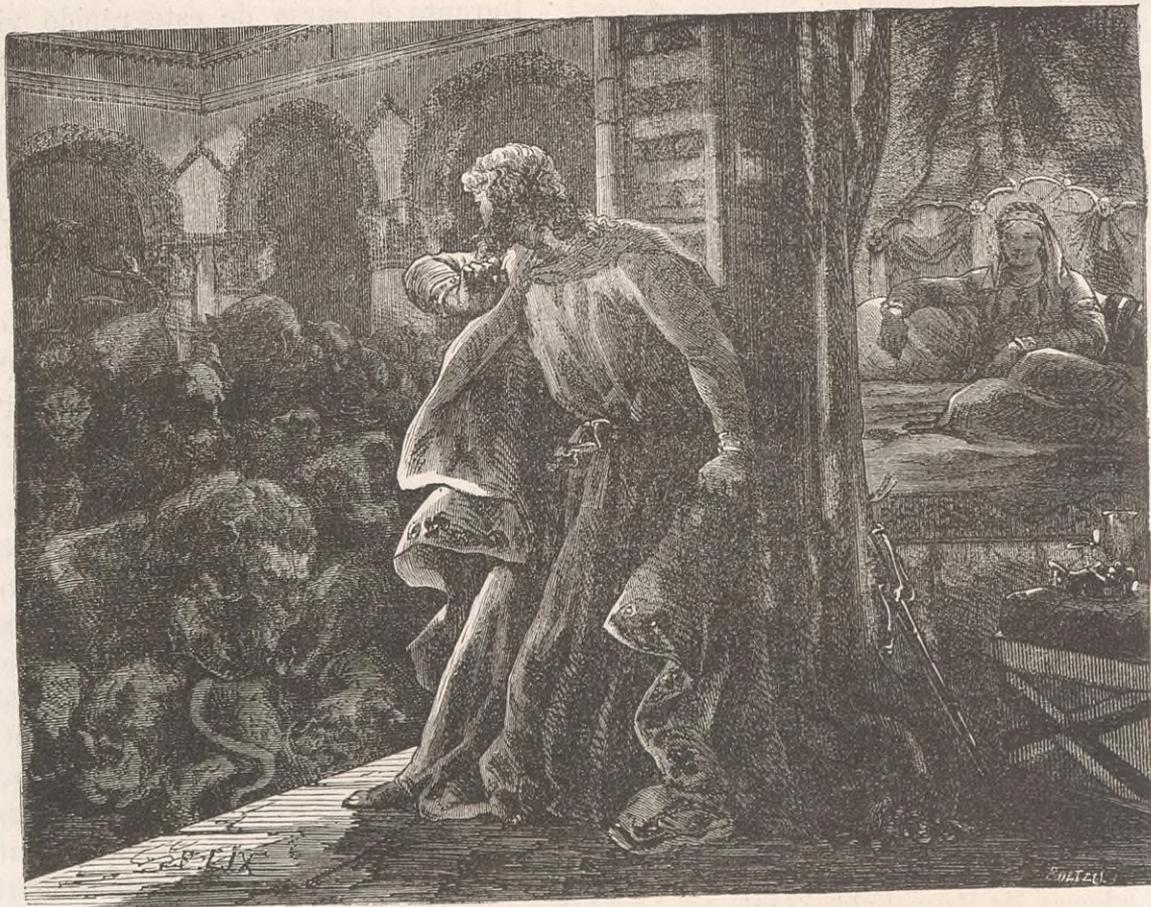
Chilperico no tenia mas que aprovecharse del crimen que acababa de cometerse por orden de Fredegunda, y sin perder tiempo se dirigió á París. El duque Gundebaldo, que con Gontran-Boson mandaba la batalla en que pereció Teodoberto, tuvo la felicidad de introducir en la ciudad de Metz á Childeberto II, hijo del rey de Austrasia. Chilperico mandó llevar á Rouen á Brunehalda, y á Meaux sus hijas. Pero no entraba en el carácter de la reina de Austrasia ceder á la adversidad sin haber antes agotado todos los medios de vencerla. Presentósele una circunstancia favorable, y la aprovechó con tanto mayor conato, cuanto era un homenaje rendido á su belleza. Una falta cometida por su rival Fredegunda dió origen á este grave suceso. La compañera de Chilperico, además de Brunehalda, tenia tambien presa en Rouen á Adóvera, que era la mas antigua de las mujeres de su marido, y de la cual habia tenido tres hijos. Habiendo Meroveo, que era el segundo de ellos, ido á visitar á su madre, y en Rouen á Brunehalda que tenia entonces unos veinte y ocho años, se enamoró de ella, y aconsejado por Pretextato, su padrino, la tomó por esposa. Apenas tuvo Chilperico noticia de esta union, que le daba por nuera á una antigua cuñada, tan inveterada enemiga suya, cuando acudió á toda prisa; pero Brunehalda y

su esposo se habian retirado á la iglesia de S. Martin, construida sobre las mismas murallas de Rouen. El rey de Neustria acudió entonces á la astucia, pero inútilmente, pues hubo de prestar el siguiente juramento: «ya que la voluntad de Dios los ha unido, renuncio á la idea de separarlos.» Brunehalda y Meroveo salieron entonces de su asilo: Chilperico les prodigó las mas tiernas caricias y se puso en camino para Soissons.

Durante el curso de este rápido viaje, Godino, que tenia muy ganado el ánimo de Sigeberto, probó si con un golpe de mano podia apoderarse de Fredegunda que entonces residia en Soissons, pero esta consiguió escaparse. Chilperico levantó nuevas tropas y venció á Godino. Gran número de francos neustrienses que habian servido bajo las banderas de Sigeberto, huyeron á Metz, donde reinaba su hijo Childeberto II; pero Chilperico que ansiaba vengarse, se aprovechó de su reciente victoria, para perder á Brunehalda y á Meroveo, haciéndolo encerrar en un convento de Metz, donde luego le ordenaron. Sus partidarios quisieron darle libertad, y Gontran-Boson, que era uno de ellos, despues de haber muerto en una batalla á Teodoberto, hermano carnal de Meroveo, se habia puesto al abrigo de la crueldad de Chilperico refugiándose en la iglesia de S. Martin de Tours. Gregorio, su obispo, al cual hemos citado tantas veces, habia conseguido defender la vida del proscrito contra los satélites que enviara el rey de Neustria. Boson, en medio de tantos riesgos, invitó al nuevo esposo de Brunehalda á que fuese á unírsele, y en efecto lo hizo con toda felicidad, de modo que el obispo Gregorio recibió en su basílica á Meroveo y le habló. Fredegunda tenia el mayor interés en que muriesen los hijos que Chilperico hubo de Adóvera, y que esluian del trono á los suyos, y por esto agotó toda clase de amenazas para amedrentar al obispo de Tours, el cual se negó constantemente á entregar al jóven esposo de Brunehalda, desafiando igualmente todo el furor de Chilperico. Como la iglesia de

S. Martin era objeto de la devocion general, nadie se atrevió á violar su santuario. Chilperico escitado por el ansia de derramar la sangre de su hijo, al propio tiempo que detenido por el temor que le inspiraba la poderosa intercesion de S. Martin para con Dios, mandó poner una carta sobre el sepulcro del santo de la Galia, uniendo á ella una hoja de papel blanco que debia servir para la contestacion; mas esta se hizo aguardar tanto

medios de seduccion para resolver á las personas que rodeaban á Meroveo á que le entregasen, dirigiendo además contra él las tropas de Chilperico. El jóven príncipe, que mejor que otro conocia el poder, el carácter y la finura que su madastra tenia para el crimen, se retiró á Borgoña, en el reino de su tio Gontran, y aunque allí cayó prisionero, pudo recobrar la libertad y salvarse en Champaña. Movido Chilperico por



VISION DE CHILPERICO.

tiempo que hubo de perder toda esperanza de recibirla. Meroveo permaneció dos meses en Tours, durante los cuales alistó quinientos hombres, que se unieron á su suerte. Mientras que este jóven príncipe se hallaba en circunstancias tan apuradas, Brunehalda estaba libre, pues los súbditos de Austrasia habian alcanzado su vuelta. Era esta una víctima que se le habia escapado á Fredegunda, por cuyo motivo mas ansiosa que nunca de sacrificarla, recorrió á todos los

Fredegunda, se dirigió á esta provincia con tropas suficientes para obligar á su hijo á retirarse á los alrededores de Reims, donde consiguió ocultarse tan bien, que burló todas las investigaciones de su padre. Pero lo que no pudo hacer este, lo realizó la infidelidad de los habitantes de Terouana, los cuales habiendo llegado á averiguar el asilo de Meroveo, se le presentaron rogándole que los asistiese. Dijéronle que reuniendo sus esfuerzos, sacudirian el yugo de Chilperico, y

proclamarian soberano á su jóven libertador. Meroveo, aceptando con entusiasmo unos ofrecimientos que prometian dar fin á sus infortunios, se dirigió á Terouana. Oigamos

tos términos á Gaileno, íntimo amigo suyo: Hasta aquí no ha habido entre tú y yo mas que un alma, una sola persona. ¿Permitirás hoy que se me ponga en manos de mis ene-



MUERTE DE BRUNEHALDA.

ahora á Gregorio de Tours. «Los habitantes le detuvieron en un castillo inmediato y avisaron á Chilperico, el cual se dirigió allí volando. Su hijo, temiendo los tormentos que podian prepararle sus enemigos, habló en es-

TOMO I.

migos? Coje antes esta espada y quitame por Dios la vida. Gaileno cedió al último deseo del jóven príncipe, el cual á la llegada de Chilperico fué hallado cadáver. Muchos afirmaron que la conversacion que acabo de

11

citar era inventada por la reina Fredegunda, la misma que, segun decian, asesinó á Meroveo. En esto hizo poner preso á Gaileno, y de su órden se le cortaron los brazos y las piernas, las orejas y la nariz, haciéndosele espirar en medio de los tormentos mas atroces. En fin, añade el obispo de Tours, se sostuvo que habian dirigido la trama contra este desgraciado príncipe, Egidio, obispo de Reims, y Gontran-Boson, al último de los cuales Fredegunda favorecia en secreto, desde que por su propia mano habia muerto á Teodoberto, hijo de Chilperico y de Adóvera. En cuanto á Egidio, se hizo cundir la voz de que mucho tiempo habia que era del partido de Fredegunda.» Pero en la horrible union que enlazaba á esta última y á Chilperico, cada uno de ellos habia de tener siempre una víctima que inmolar, ó á lo menos algun daño que hacer. Habiendo hallado muerto á su hijo, no podia ya ser su verdugo; pero se acordó de Pretextato, obispo de Rouen, que habia aconsejado y dado la bendicion al matrimonio de Meroveo y Brunehalda. Como se trataba de un príncipe de la Iglesia, el furor del rey de Neustria hubo de detenerse un instante, para solicitar un juicio solemne que habian de proteger las formas legales. Convocóse un concilio en el cual el mismo Chilperico tomó la palabra como acusador. Entre otras cosas hizo cargo al obispo de Rouen, de haber promovido un matrimonio que violaba los santos cánones; de haber conspirado contra su vida y corrompido la fidelidad de sus súbditos, y terminó diciendo á los miembros del concilio: «Aunque el poder real, segun las leyes, tiene derecho de condenar á un reo de lesa magestad, sin embargo, para no emprender cosa alguna contra los santos cánones, he mandado comparecer á vuestra presencia á este obispo autor de una conspiracion contra mí.»

Muchos obispos abrazaron la defensa de Pretextato. En esta generosa alianza de la virtud contra el vicio, se distinguió el historiador Gregorio de Tours; pero habiéndose

presentado algunos emisarios del obispo de Rouen, y creyendo en sus sugerencias, les manifestó cosas que no tardaron en serle funestas. Chilperico se arrojó entonces á los piés de los miembros del concilio, pidiéndoles justicia, suplicándoles que mandasen cortar á piezas menudas el traje de obispo de Pretextato, que se pronunciasen imprecaciones sobre su cabeza, y que se le escomulgase para siempre. Los obispos atados por las manifestaciones que el de Roma habia hecho tan imprudentemente, le desterraron á Guernesey, pero sin deponerlo. Este fallo, al cual Chilperico se resignó, animó aun mas á Fredegunda, que quiso por sí sola saciar su venganza, y lo hizo como lo veremos luego.

Quedábale á Chilperico de su union con Adóvera un hijo llamado Clodoveo, único obstáculo que impedia subir al trono á los que hubo de Fredegunda, siendo de consiguiente una víctima que no podia escapársele, porque de otro modo todos los crímenes hasta entonces cometidos hubieran venido á quedar infructuosos. Clodoveo hizo su primera campaña en la Aquitania austrasiana, con motivo de una guerra que Chilperico habia emprendido contra Childeberto, segundo de este nombre, su propio sobrino. Pero urdióse á su vez una conspiracion contra Fredegunda, conspiracion en la cual los principales cómplices quisieron mezclar al historiador Gregorio de Tours, porque, segun decian, afirmó que la reina vivia en adulterio con el obispo de Burdeos. Nuestro antiguo historiador, en esta circunstancia, como en muchas otras, da pruebas de una intrépida firmeza. Los obispos reunidos en concilio decidieron que el de Tours celebraria primero tres misas en tres altares diferentes, y que en seguida juraria á Dios que no habia jamás atentado á la reputacion de Fredegunda. Gregorio de Tours se conformó en todo con la resolucion de los prelados, que le declararon inocente, pero el subdiácono Biculfa, puesto en el tormento, declaró que las intenciones verdaderas de los

conspiradores eran perder á la reina en el concepto de Chilperico, asesinar al rey y á los príncipes que tuvo de Fredegunda, y poner en el trono á Clodoveo. Ningun testigo hizo cargos al jóven príncipe, quedando de consiguiente demostrado que no tuvo parte en el complot; pero Fredegunda sintió con mayor viveza la necesidad de librarse cuanto antes de un rival, al cual se unian ya tantas esperanzas.

Mientras procuraba que se diese muerte al jóven Clodoveo, tuvo que llorar la pérdida de sus propios hijos. Una enfermedad contagiosa que varios temblores de tierra, inundaciones, y todas las plagas reunidas parecían anunciar dos años antes (579 y 580), se propagó en toda la Francia. Esta terrible dolencia acometía de improviso con vómitos que terminaban por la muerte. Atacó también á Chilperico, mas este monstruo se salvó, muriéndosele tres hijos que le habia dado Fredegunda. Apenas el primero, que se llamaba Clodoberto, acababa de espirar, cuando la madre, tan cobarde en el infortunio como cruel en la prosperidad, dijo á Chilperico: «Hemos abusado demasiado de la paciencia y bondad de Dios; él nos castiga; tratemos de hacernos mejores; hemos perdido un hijo y vamos á perder los demás; las lágrimas de los pobres, los suspiros de las viudas y de los huérfanos, á los cuales hemos desolado tantas veces, atraen sobre nosotros tantas desgracias. Nadamos en las riquezas; nuestros cofres no pueden contener los caudales y las alhajas; ¿pero de qué nos sirven tantos bienes, si Dios nos quita lo mas precioso que tenemos? Hagamos por templar su cólera: el mejor de todos los medios que está á nuestro alcance, es aliviar á los pueblos. Contentémonos, pues, con los impuestos que bastaban al rey Clotario: ¿para qué las nuevas cargas cuyo peso no pueden sostener? Suprimamos pues tantos nuevos edictos que aumentan su miseria (1).»

(1) Gr. Tur. lib. 5.

Veamos cual era la naturaleza de los impuestos para cuyo arreglo habia Chilperico mandado formar un padron general en todos sus estados. Cada propietario estaba obligado á pagar una ánfora (1) de vino por cada media fanega de viñedo; los esclavos que trabajaban las tierras, ó que servian á los ciudadanos, estaban sometidos á onerosas contribuciones. Los impuestos lo alcanzaban todo, y todo lo agotaban; los labradores no tenían seguridad alguna; devastaban sus campos escursiones continuas, escursiones que la distancia de los siglos ha decorado con el nombre de *guerras*, y que repetidas bajo todas formas no dejaban á las mieses ni tiempo de madurarse. Los habitantes de las ciudades que ejercian alguna especie de tráfico ó industria podian á lo menos sacar de ello algun fruto, porque les defendian sus murallas; los mismos pueblos los hacian respetar de los príncipes y guerreros, que rara vez los saqueaban. Pero los impuestos establecidos por Chilperico fueron tan ruinosos, que así de las campiñas como de las ciudades viéronse huir poblaciones enteras para buscar un refugio en otros Estados, abandonando al fisco los restos de su miseria. En Limoges la desesperacion fué tal, que quisieron matar al refrendario Marcos, al cual salvó con mucho trabajo el obispo Ferreolo. Esperando cortar el mal en su raiz, los habitantes quemaron los registros de los cobradores. Chilperico envió desde luego mandatarios con orden de multiplicar las exacciones y los suplicios: «y estos llevaron el terror á tal punto, dice Gregorio de Tours, que hasta á los sacerdotes los ataron en unos pilares, sujetándoles á rigurosos castigos, porque fueron acusados de aconsejar al pueblo el incendio de los libros y registros.»

No fué esta la única vez que Chilperico irrogó toda clase de injurias á los miembros del clero. Aunque lo hemos visto poco ha echándose á los piés de los obispos, si bien

(1) La ánfora era una medida para líquidos que equivalía á veinte y cuatro azumbres nuestros.

para lograr que se derramase la sangre de Pretextato, se aprovechó de cuantas coyunturas se le presentaron para obligar á los sacerdotes á satisfacer las exacciones de sus agentes; y suponiendo que Clodoveo habia

temporal que no pocas veces sirvió de dique á sus arrebatos y furores.

Mas cual si las crueldades de un mónstruo semejante no hubiesen sido suficientes para la desolacion de una parte de la Galia, esta-



GREGORIO DE TOURS.

hecho donativos harto crecidos á las iglesias, los anuló por su propia autoridad. Obligado á respetar en público á los obispos, los afligia en secreto con continuas burlas, y quizás declamaba tambien contra su poder

lló la guerra civil entre los otros príncipes de la sangre de Clodoveo, y no podia dejar de ser así con la clase de reparto que adoptaron. Habian dividido á Paris en muchas porciones, y hecho lo propio de Marsella.

Cuando murió Sigeberto, cuyo asesinato, como el lector tendrá presente, fué mandado por Fredegunda, Gontran, uno de los tios de Sigeberto II, quiso revocar esta concesion,

À pesar de esto, no dejó Chilperico de apoderarse por asalto de Perigueux y Agen, ciudades ambas que pertenecian á Gontran. Hallábase este en la posicion mas difícil, pero



LEUDASTO.

y firmó un tratado de alianza con el sanguinario Chilperico, quien intimó á Gontran que restituyese la parte de Marsella, que decian no pertenecerle. Por otro lado Gendulfo, uno de los generales de Childeberto II, habia entregado á este príncipe el objeto de su recla-

ocupado Childeberto II á consecuencia de los movimientos que estallaban en sus Estados, cesó de incomodar al rey de Austrasia y de Borgoña. (1) Estos desórdenes eran efecto

(1) Gontran.

del ódio que los francos, autores del consejo dado al jóven rey de Austrasia, tenían á Lupus, duque de Champaña. Estos, á los cuales dirigia el obispo de Reims, se decidieron á atacar á Lupus, cuando Brunehalda, conociendo por una parte la turbulencia que alimentaban los leudas de Austrasia, y por otra la adhesion de Lupus, que tenia la confianza de Sigeberto, se precipitó en medio de los soldados, suplicándoles que no apelasen á la fuerza. Entonces el duque de Ūrsio le dijo: «retírate, mujer, ¿no gobernaste bastante este reino mientras vivió tu marido? Hoy reina á su vez tu hijo, no por tu proteccion, sino por la nuestra, que es su salvaguardia; retírate, te lo repito, si no quieres ser hollada por nuestros caballos...!» Lejos Brunehalda de amedrentarse con estas amenazas, consiguió salvar la vida al duque de Champaña, que se retiró al reino de Borgoña, y este accidente aseguró la salvacion de su rey Gontran.»

Chilperico se dejó dominar siempre por Fredegunda, á quien obedecia como si fuera su génio del mal, y así es que esa mujer aterraba á Neustria con los asesinatos y crímenes que cometia y los que hacia cometer á su marido. Este tenia dos hijos de un primer matrimonio llamados Meroveo y Clodoveo, los que eran herederos de los bienes de su padre antes que Clotario, hijo de Fredegunda. De ahí las persecuciones de que fueron víctimas: ya hemos dicho como Meroveo se casó con Brunehalda y á pesar del juramento de Chilperico de que no la separaria de su mayor enemiga, Fredegunda no se dió tregua ni descanso hasta que consiguió darle muerte por mano de uno de los asesinos que escogia y tenia á su servicio.

El obispo de Rouen, que habia bendecido el matrimonio de Brunehalda con Meroveo, fué tambien asesinado en su propia iglesia en el momento en que ofrecia el sacrificio de la misa. Despues de este prelado murió tambien á los golpes del puñal asesino Clodoveo y una hermana suya y luego Adrónvera, su madre.

Créese que Chilperico fué víctima tambien de Fredegunda, si bien muchos autores atribuyen su muerte á la venganza de Brunehalda. Entre esa duda nosotros hemos de decir que nos inclinamos á creer que fué Fredegunda el fautor de dicho crimen; puesto que el hombre que dió muerte á Chilperico cierto dia al volver de la caza y en el momento de bajar de caballo, era Landeric, servidor adicto á Fredegunda.

Además, no es de creer que los asesinos que hubiese mandado Brunehalda para quitar la vida á Chilperico, se atreviesen á presentarse á este en un paraje público y ante los muchos señores y criados que rodeaban á su monarca.

Tantos asesinatos y crímenes aterraban á la nacion francesa, y por cierto que no podia esperarse mucha paz y tranquilidad mientras viviesen las dos rivales Brunehalda y Fredegunda. Esta, muerto su marido, habia confiado la tutela de su hijo Clotario II á Gontran, que por todas partes se consideraba rodeado de peligros. Temia á Fredegunda como no podia menos, si recordamos su carácter apocado y timorato; y temia á Brunehalda que habia vuelto á Austrasia habiendo tomado gran ascendiente sobre su hijo.

Mas habria debido temer la conjuracion que desde tiempo se iba formando en el mediodía de Francia. Aquitania, que se habia quedado casi exclusivamente formada por razas descendientes de Roma ó de razas galo-romanas, pretendia emanciparse de los bárbaros francos y proclamar por rey á un tal Gundebaldo que se decia ser hijo de Clotario I, y que estuvo á punto de lograr su intento, pero en medio de la empresa murió sin que se sepa cómo, el año 585.

Dos años despues estalló otra conspiracion entre los señores feudales ó los leudas de Austrasia y de Borgoña. Trataban de asesinar á los dos reyes de esas dos naciones y repartirse entre sí los dominios reales. Pero descubierto uno de los asesinos al disponerse á clavar el puñal á Gontran, lo confesó

todo, y se desbarató el plan forjado. Todos los conjurados fueron sentenciados á muerte y entre ellos figuraba gran número de duques y condes.

A consecuencia de tal conspiracion celebraron una entrevista los dos monarcas que habian corrido el riesgo, esto es, Childeberto y Gontran, en Andelot (Alto Marne) para conciliar todas las disidencias que entre ambos existian y para precaverse de nuevos peligros. Decidieron que la herencia del que muriese sin hijos pasaria al sobreviviente; que los señores no podrian jurar á su antojo fidelidad al rey que quisieran, y que se darian á estos mismos señores todas las garantías que sus posesiones hubiesen menester.

Gontran murió el año 593, y Childeberto II reunió los dos reinos bajo su cetro y pretendió usurpar el de su primo Clotario II, hijo de Fredegunda. Levantó al efecto un ejército que avanzó sin dificultad hasta muy cerca de la corte de Clotario. Pero el duque Landry, que capitaneaba las tropas de Neustria, mandó que estas se ocultaran en un bosque cercano al campamento enemigo. Luego al llegar la noche cortó una rama de un árbol y colgó una campanilla al cuello de su caballo: sus tropas le imitaron cortando cada guerrero una rama con la cual se armaron como si fuera la rama un escudo, y así avanzaron hácia el enemigo que no esperaba en modo alguno semejante sorpresa.

Los centinelas se asombraron al ver que los árboles, segun les parecia en la lobreguez de la noche, se adelantaban, y uno de ellos corrió aterrado á dar aviso al campamento austrasiano de que el bosque se habia puesto en marcha. Pero los jefes del ejército austrasiano despreciaron el aviso tratando de beodo al centinela, y volvió á quedar el campamento en el mismo estado de tranquilidad y descanso.

Mas de improviso los neustrios arrojan las ramas y dejan ver millares de armas que aparecieron con fulgores siniestros á los ojos de los contrarios. Los centinelas del campo de estos fueron degollados al punto, y los

neustrios se arrojaron con ímpetu sobre el enemigo, el cual apenas pudo huir derrotado y sufriendo pérdidas enormes.

Childeberto II no tuvo ocasion de reparar esa derrota, habiéndole la muerte arrebatado al poco tiempo de haberse visto batido por Landry (596). Teodoberto II, hijo mayor de Childeberto, subió al trono de Austrasia y Thierry II tomó el cetro de Borgoña. Brunehalda confiaba dominar sobre Austrasia empuñando el cetro de esta nacion su nieto, de la misma manera que habia gobernado viviendo su hijo; pero queriendo poner cierto orden en Austrasia y reprimir las inmoderadas exigencias de los leudas, se atrajo los odios de estos, quienes influyeron en los ánimos de las clases mas inferiores de la sociedad.

Viéndose Brunehalda odiada por los grandes y temiendo que estos inspirasen á su nieto el ódio que contra ella mostraban, procuró captarse la voluntad del jóven monarca induciéndole á todos los escándalos y desórdenes del libertinaje; pero en el pecado halló la penitencia, como suele decirse: los nobles que acompañaban á Teodoberto en sus orjías fueron los que consiguieron que el monarca la arrojase ignominiosamente de su lado (599).

Retiróse Brunehalda á Burgundia donde intentó hacer con su segundo nieto lo que hiciera con el primero. Verdad es que no le movia tanto la sed de mando como el gusto que le inspiraba todo lo grande, en lo cual se distinguia de todos los principes de su estirpe. Con seguridad puede afirmarse que si hubiese podido gobernar con entera libertad, habria impreso notables huellas de civilizacion á su país, puesto que su mayor afan consistia en introducir mejoras que por su utilidad y grandeza infundieran respeto y admiracion á sus contemporáneos. Mas por desgracia no habia podido desprenderse del hábito que parecia encarnado en su raza de no reparar en los medios para llegar al fin aunque tuviese que pasar por sobre de la sangre derramada criminalmente.

Brunehalda hizo morir apedreado á San Desiderio obispo de Vienne, que pretendia arrancar á Thierry II de los vicios que ella fomentaba. No menos recelos le inspiraban las predicaciones del fraile irlandés, san Columban, que recorria las Galias aconsejando á los frailes la disciplina y algunas veces censuraba la inhumanidad de los príncipes. Pero no se atrevia Brunehalda á castigarle como hiciera con Desiderio, temerosa de exasperar á los pueblos que tenian en mucha estima y veneracion al fraile irlandés. Mas como quiera que este se atrevió á inculpar varias veces á Thierry II por sus desórdenes y vicios, Brunehalda mandó arrojarlo del monasterio que acababa de fundar en Luxeuil en medio de las soledades y asperezas de los Vosgos, y le hizo embarcar en el Loira para que volviera á su país.

Ya tendremos ocasion de hablar de ese fraile al recapitular compendiosamente el estado de atraso y miseria en que se habia encontrado Francia durante la dominacion de la raza merovingia; y por lo tanto acabaremos este capítulo historiando los hechos de mas importancia ocurridos en Francia hasta la muerte de Brunehalda.

Los desórdenes y discordias no se habian circunscrito á las cortes de los reyes francos; sino que tambien los pueblos se entregaban á cometer toda clase de trastornos, y de ahí que se repitieran con tal frecuencia incursiones y correrías sangrientas que, como dice Saint-Prosper, el trascurso de los siglos ha ponderado con el pomposo nombre de guer-

ras. En esas incursiones los neustrios habian vencido á los austrasios en Droissy cerca de Soissons el año 593, y en Latofao (departamento del Alto Marne) tres años despues.

Los burgundios ó borgoñones por su parte invadieron varias veces á Neustria y derrotaron completamente á las tropas de esa nacion en Dormelles el año 600, y cerca de Etampes el año 604. Luego se apoderaron de París, y probablemente habrian acabado con el reinado de Clotario II, si el rey de

Austrasia, comprendiendo el riesgo que corria permitiendo que los burgundios derrotasen á su pariente, los que era natural que despues intentasen y lograsen apoderarse del territorio austrasiano, no se hubiese apresurado á conjurar el peligro corriendo en auxilio del rey de Neustria.

Este y Thierry II celebraron una alianza ofensiva y defensiva y ambos á la vez consiguieron arrojar á los burgundios. De esa suerte Brunehalda no podia pensar ya

en la venganza que sentia contra los austrasianos, y temerosa de que su poder se amenguara con dicha alianza, procuró captarse la voluntad de Thierry para obtener indirectamente lo que se proponia, y este por consejo de aquella mujer, declaró la guerra á Teodoberto; pero los nobles se negaron á secundar los planes de Brunehalda, y no se rompieron las hostilidades.

Sin embargo, poco tiempo despues (610) los leudas resolvieron hacer la guerra á Teodoberto II, al cual vencieron con facilidad y le dieron muerte al propio tiempo que á sus hijos. Seis años despues murió su hermano



CLOTARIO II.

ESTADÍSTICAS DE LA SUSCRIPCIÓN

El presente documento presenta los resultados de la suscripción de este libro en el mes de mayo de 1900. El número de suscriptores que se han adherido a esta obra es de 100 personas, lo que representa un aumento considerable respecto a los meses anteriores. Los datos estadísticos que se detallan a continuación corresponden a la suscripción de este libro en el mes de mayo de 1900. El número de suscriptores que se han adherido a esta obra es de 100 personas, lo que representa un aumento considerable respecto a los meses anteriores. Los datos estadísticos que se detallan a continuación corresponden a la suscripción de este libro en el mes de mayo de 1900.

UN VOTO EN TODA ESPAÑA

El presente documento presenta los resultados de la suscripción de este libro en el mes de mayo de 1900.

PUNTO DE SUSCRIPCIÓN

El presente documento presenta los resultados de la suscripción de este libro en el mes de mayo de 1900. El número de suscriptores que se han adherido a esta obra es de 100 personas, lo que representa un aumento considerable respecto a los meses anteriores. Los datos estadísticos que se detallan a continuación corresponden a la suscripción de este libro en el mes de mayo de 1900.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La HISTORIA GENERAL DE FRANCIA constará precisamente de unas 300 entregas de ocho páginas en fólío, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado.

La adornarán unos 2,000 bellísimos dibujos entre láminas sueltas, grabados intercalados, portadas, retratos, etc. y una coleccion especial de láminas de gran tamaño, que representarán los sucesos mas memorables de Francia y las cuales podrán reunirse formando un hermoso album ó encuadernarse con la obra.

Todas las láminas, dibujadas por los mas renombrados artistas, como Gustavo Doré, Philippoteaux, Fath, etc., serán de REGALO para los suscritores á la presente historia.

Los que no siendo suscritores quieran hacerse con la coleccion de láminas sueltas que daremos durante la publicacion, pagarán por cada lámina de gran tamaño cuatro reales y por cada una de fólío un real y medio.

La entrega costará tan solo

un real en toda España.

Se repartirán con toda puntualidad dos entregas cada semana.

PUNTOS DE SUSCRICION.

BARCELONA: En la administracion de la «Enciclopedia ilustrada», calle del Cármen, números 30 y 32; en la «Ilustracion», Mendizabal, 4, y demas centros de suscripcion y principales librerías.

FUERA: En casa de nuestros corresponsales, en todos los centros de suscripcion y librerías españolas.

Los que quieran suscribirse directamente podrán mandar nota á D. Simon Torner, administrador de la «Enciclopedia ilustrada», remitiéndole por adelantado en sellos de correo ó libranza, á lo menos el valor de veinte entregas, el cual deberán renovar antes de mandarles otras.